

es tan grande que uno desea morir. ¿Será que quien sobrevive ama menos la vida que antes? No, sino que la muerte le ha enseñado cuánto amaba á la que ha enmudecido para siempre. La ausencia nos despierta violentamente: que es muy común en nosotros no apreciar bien lo que amamos hasta que lo perdemos, y si hay almas que no van más allá del disgusto del día, sentimiento débil y apagadizo, hay otras que van hasta un sentimiento capaz de acción, hasta el dolor que por entero se consagra á la memoria del sér querido.

De aquí esa fuerza misteriosa que nos arrastra al pié de la sepultura donde descansa el cuerpo del amado ausente; de aquí el afán con que cuidamos aquel estrecho espacio que lo oculta; de aquí la solicitud con que quisiéramos preservar de la acción del tiempo una tumba, que con el cadáver de la que fué vida de nuestra vida, encierra también nuestras ilusiones y la dulce esperanza de la resurrección, cuando en el tremendo día vuelven los huesos desligados á dar forma corporal al espíritu.

Pero, ¡oh desconsoladora realidad! de nada ha de servir todo el cariñoso cuidado que consagremos á perpetuar un sepulcro; llegará el día en que otras generaciones vengán á empujar á las que hoy llenan el tenebroso recinto, y el pago de un enterramiento no renovado oportunamente, una calle nueva que tenga que abrirse paso entre la ciudad de los muertos, ó el trazado de una línea férrea que cruce el fúnebre terreno, hará desaparecer á la larga hasta el último resto de aquel silencioso asilo, y los huesos caerán rodando en confusa dispersión por el haz de la tierra.

Y llegará también el momento en que el súcio enterrador, al desalojar los nichos y las sepulturas, haga en las noches de invierno fatídicas hogueras con los trozos de los féretros vacíos, y el humo que se alce en torbellinos, será el último recuerdo de aquel ser idolatrado que pasó por el mundo.

Y, al fin... las ténues espirales azuladas se perderán para siempre en la inmensidad del cielo, como se pierden nuestras lágrimas y nuestros ayes..., mientras los huesos, confundidos en el osario y convertidos en polvo, vendrán á servir de alfombra á las generaciones venideras, hasta que se cumpla la consoladora profecía...

¡Exultabunt, Domine, ossa humiliata!...

R. SEPÚLVEDA.



DON JUAN TENORIO

MORALMENTE CONSIDERADO

Es costumbre ya antigua que el mayor número de las compañías dramáticas pongan en escena en esta época del año en que nos llamamos, el drama *Don Juan Tenorio*. Apenas hay teatro en Madrid ó de provincias que no lo represente, pues hasta se constituyen sociedades de aficionados al arte escénico con el sólo objeto de exhibir tan popular obra.

Nada habría, ciertamente, que oponer á la representación de un drama, cuyo argumento estuviera fundado en la existencia de una vida ulterior y de premios y castigos en ella, ahora fuese mostrando la justicia Divina con el pecado obstinado, ahora la gran misericordia de Dios con el arrepentimiento; pero al recurrir á la intervención sobrenatural para el desenlace de un drama, fundado en la verdad de la otra vida, el criterio católico exige que la justicia que condena eternamente, recaiga en el rehacio á las inspiraciones de la gracia, y que á la acción de la misericordia preceda el arrepentimiento.

El Burlador de Sevilla, verdadero tipo de D. Juan Tenorio, escrito conforme á la leyenda tradicional por el maestro Tirso de Molina (quien por cierto no pudo tener en cuenta para escribir su obra á D. Miguel de Mañara, que á la sazón no habia nacido), se conformaba plenamente con la doctrina católica, encerrando, por tanto, saludable enseñanza, si se prescindía del realismo de los pormenores y de escenas que resultaban inmorales. Ofrecíase al público con esta comedia el espectáculo de un libertino, á la verdad no incrédulo, que empleaba en el mal las grandes condiciones de que se hallaba dotado; las cuales, con ser tantas, no le sirvieron sino para su eterna infelicidad.

Tirso, que en *El condenado por desconfiado* presenta el tipo de quien pudiendo arrepentirse, pierde la salvación por dudar de la Divina Misericordia, ofrece en *El Burlador de Sevilla* al que, entregado á los vicios, no hace caso de la Justicia Divina, y persiste en su obstinación, por lo cual se vé abandonado del Divino auxilio.

Entre ambas obras dramáticas se encierra el pensamiento de San Juan Crisóstomo: «No os desesperéis, porque Dios es misericordioso; no os descuideis, porque Dios es justo.»

El profundo pensamiento del *Burlador de Sevilla*, presenta, sin embargo, el inconveniente, no diremos defecto literario, de que el